EL MUSEO,

ADMINISTRACION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA TERTULIA DE CONFIANZA,

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe á beneficio del primer actor cómico D. Mariano Fernandez, en Enero de 1866.

MADRID.
IMPRENTA DE R. LABAJOS,
calle de la Cabeza, núm. 12.

1866.

LA TERTULIA DE CONFIANZA.

LA TERTULIA DE CONFIANZA,

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe á beneficio del primer actor cómico D. Mariano Fernandez, en Enero de 1866.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAJES.	ACTORES.
AMPARO	D.ª JOSEFA HIJOSA.
MARIA	JAVIERA ESPEJO.
DOÑA INÉS	BALBINA VALVERDE.
RAMONA	MATILDE SERRANO.
DON MIGUEL	D. MARIANO FERNANDEZ.
PABLO	ANTONIO ZAMORA.
MANOLITO	RICARDO MORALES.

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Los corresponsales de D. Francisco Rubio, dueño de la Administracion general de obras dramaticas y liricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Á MARIANO FERNANDEZ.

Un juguete pensado en dos horas, escrito en tres noches y hecho de *encargo*, como una visita, no puede tener mas valor que el que los actores y el público quieran darle.

Pero á bien que V. suple con su talento la falta del mio, y que mientras la política hace llorar á las musas, V. sabe hacer reir á las masas.

Aquí tiene V. una casi-comedia que no vale nada y que al mismo tiempo vale mucho.

¡Cosas del mundo! mejor dicho: cosas del arte.

Mi mayor gloria consiste en decir al «segundo Guzman:» para V. todo, para mí nada.

Comedia de *para V.*, como las cajetillas del café Suizo.

En cuanto á los demas actores que han tomado parte en la representacion, excuso decir cómo han estado. ¡*Bravi tutti*!

Un millon de gracias á todos de parte de este caballero particular que tanto les quiere, y abur, que me vuelvo al catre.

Eusebio.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/latertuliadeconf00blas

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada. Á la derecha puerta y balcon, y entre una y otro un manucordio. Á la izquierda dos puertas y otra en el foro. En medio de la escena una mesa de camilla con labores. Al levantarse el telon, don Miguel y doña Inés aparecen disputando calorosamente cerca de una de las puertas de la izquierda. Amparo estará sentada leyendo con mucha aficion una novela. Maria está asomada al balcon, haciendo señas con los dedos á una persona que se supone en la calle.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS, D. MIGUEL, AMPARO, MARIA.

INÉS. Miguel, eres incapaz!
MIGUEL. Mira como hablas, Inés!
que en cuanto sueltas la lengua
no te sabes contener.
MARIA. (Mirando á la calle.) Torpe! no entiende palabra.
AMPARO. (Leyendo.) Van á matar al marqués!
qué lastima!
INÉS. Tú me pones
en este caso, y no sé
cómo á veces no me excedo.
MIGUEL. Pues te sueles exceder.

Me estais dejando por puertas.

INÉS. ¡No me atropelles!

MIGUEL. Inés!

INÉS. Hombre, escúchame si quieres.

MIGUEL. Ay, Jesus!

INÉS. Escuchamé.
Por qué no quieres que demos
un té dansant? dí, por qué?

MIGUEL. Porque no tengo dinero.

INÉS. Y eso qué tiene que ver?

MIGUEL. Friolera!

INÉS. Todo el gasto
se ha de reducir á tres
ó cuatro ó cinco mil reales.

MIGUEL. Digo! Figúrese usted,
no tenemos para pan
y tendremos para té.
Hazme el favor de callarte.

AMPARO. Capitulo veintiseis: (Leyendo.)
«De cómo habia un verdugo
que no comia biftek.»

MIGUEL. Inés, no me comprometas.

INÉS. Eres incapaz, Miguel!

MIGUEL. Estoy cesante hace un año,
no tengo un céntimo.

INÉS. Y qué?

MIGUEL. Nada, que no tengo un céntimo,
y fuera una estupidez...

INÉS. Pero eres hombre de empeño.

MIGUEL. ¿De empeño? Sí, puede ser;
ayer empeñé el gaban!

INÉS. Qué falta de sensatez.
No comprendes tus deberes?

MIGUEL. Lo que es en punto á deber
no hay ya quien pueda conmigo.

INÉS. Eres un torpe, Miguel.
No ves que trayendo á casa
nuestras relaciones...

MIGUEL. ¿Qué?

INÉS. Se va tomando importancia.

MIGUEL. No; lo que se toma es té.

INÉS. Convéncete, á nuestras niñas

les conviene darse á ver.
y á mí tambien me conviene.

MIGUEL. Cómo á tí?

INÉS. Pues ya se vé.
Una señora que vive
en la calle del Clavel,
que ha sido administradora
de correos en Jerez,
mayora de dos presidios,
sobrina de un coronel
y prima de tres marqueses,
no se debe retraer.
Yo necesito espaciarme.

MIGUEL. Bueno, bueno, espaciaté!
cuando vengan con la cuenta...

INÉS. Se marcharán otra vez.

MIGUEL. Y á mí me sucederá
lo mismo que antes de ayer,
que estando muy sosegado
y tranquilo en el café,
llegóse á mí nuestro sastre,
quiso quitarme el *chaquet*
y de un golpe me metió
el sombrero hasta la nuez.

INÉS. Si tú te hubieras plantado...

MIGUEL. ¡Y vaya si me planté!
Me quedé como una estátua
arrimado á la pared!
Inés, esta casa va...

INÉS. Esta casa va muy bien.

MIGUEL. Pues no quiero que á mi casa
vengan títeres.

INÉS. ¿Por qué?

MIGUEL. Y no me gusta el camino
que llevais todos, Inés.
Tú no piensas mas que en darte
polvos de arroz y, cold-crem,
en darme á mí que pensar
y en dar al diablo que hacer.
Amparito, en leer novelas
en español y en francés,
en comprarse redecillas

y en preparar otra red.
Maria, ya lo estás viendo,
solo piensa en merecer,
en estar tras la vidriera
esperando no sé qué,
en destrozar la *Traviata*
y en cantar *Gvillermo Tell.*
Aquí todo el mundo piensa
en lo que no debe; pues!
en gastar mas que se puede,
en murmurar y en comer,
y entre lo mucho que debo
y entre vuestra mala fé
y el gobierno que me olvida
y tanto y tanto belen,
me estais poniendo en el caso
de hacer lo que yo me sé.
Y como esto dure mucho
estoy decidido, Inés,
me voy un dia al canal
despues de pensarlo bien...
y echo al agua un par de amigos
para acabar de una vez.

INÉS. Incapaz!

MIGUEL. Calla, Lucrecia!

INÉS. No me insultes!

MIGUEL. Calla, Inés!

INÉS. No quiero verte!

MIGUEL. Ni yo!

INÉS. Abur! (vase.)

MIGUEL. Me voy al café! (vase.)

ESCENA II.

AMPARO, MARIA.

MARIA. ¡Va á venir!

AMPARO. Ay, entre todos
no me dejareis leer.

MARIA. Vaya, que con la lectura
estás pesada.

AMPARO. Estaré,

pero no seré ignorante
como tú.

MARIA. Tanto leer...

AMPARO. Es muy bonito. Ahora estoy
leyendo cuando el marqués
echa sangre por la boca.

MARIA. A Panticosa con él!

AMPARO. Necia!

MARIA. Escucha lo que importa:
le he visto pasar.

AMPARO. Á quién?

MARIA. Á Pablo!

AMPARO. Pablo! qué nombre!

MARIA. Pues mira tú que Miguel!
nombre de aguador.

AMPARO. Maria!

MARIA. Y en verdad que yo no sé
cómo puedes tolerar
á Manolito, mujer.
Si parece una cerilla
de Cascante.

AMPARO. Cállate.

MARIA. Diciendo unas tonterias...

AMPARO. Maria!

MARIA. Hablando en francés;
á mí me gustan los hombres
completos.

AMPARO. Y él no lo es?

MARIA. Me gusta un hombre con barbas
que no fume de papel,
que no gaste bandolina,
que hable poco, pero bien,
que sepa dar un guantazo
á tiempo, si es menester:
en fin, Pablo.

AMPARO. Un subteniente.

MARIA. Un guerrero.

AMPARO. Ya se vé.

MARIA. En Africa una mañana
luchó contra veintitres,
y dejó el campo sembrado
de cadáveres!

AMPARO. Si eh?
Y todo con un valor?...
MARIA. No, con un sable.
AMPARO. Bien, bien.
Celebro verte feliz.
No te envidio.
MARIA. Y á mí, qué?
AMPARO. Manolito es un modelo
de...
MARIA. Pero vamos á ver.
Sepamos á qué atenernos,
Amparito, explícate.
Á tí te quiere ese hombre?
AMPARO. Ay, Maria! No lo sé.
MARIA. Pues cómo!
AMPARO. No me lo ha dicho.
MARIA. Digo, figúrese usted,
y hace año y medio que viene
desde las doce á las tres
todos los dias...
AMPARO. En eso
creo que dices muy bien.
Hija, yo no he visto un hombre
en el mundo como aquel:
llega, se sienta á mi lado;
—«Felices: cómo está usted?»
—Gracias, y usted? «Yo tal cual.»
—Está usted malo tal vez?
«Hace ya dos ó tres dias
que siento una languidez!...
¡Ay, Amparo!» ¿Qué sucede?
—«Ay! ay! ay!» y suélta tres
ó cuatro ó cinco suspiros
que hacen temblar la pared.
MARIA. Pues un hombre asi fastidia.
AMPARO. Hija, no lo sabes bien.
Á veces me pasan ganas
de decir: ¡reviente usted!
que se me sigue perjuicio
y no hay tiempo que perder.
MARIA. No hay como los militares
para esas cosas.

AMPARO. Lo sé;
á mí me quiso un teniente
hace dos años ó tres,
y era el hombre mas audaz
que se haya podido ver.
El primer dia me dijo...
«yo me muero por usted:»
el segundo me apeó
el tratamiento.
MARIA. Muy bien.
AMPARO. El tercero me cogia
la mano.
MARIA. Así debe ser.
AMPARO. El cuarto, me la besó.
MARIA. ¡Ya!
AMPARO, Y el quinto...
MARIA. Acaba, qué?
AMPARO. Hija mia, sin decirme
siquiera, á los pies de usted,
se me largó á Filipinas
y ya no le he vuelto á ver.

ESCENA III.

DICHAS, RAMONA.

RAM. Aquí estoy yo!
AMPARO. Lo celebro.
MARIA. Ramona!
RAM. Todo está ya
conseguido.
MARIA. Cuenta, cuenta.
RAM. Déjenme ustedes hablar,
he visto á don Pablo ahora.
MARIA. Me traes una carta?
RAM. Cá!
traigo noticias muy graves.
MARIA. Está enfermo?
RAM. Qué ha de estar?
Está bueno y va á venir.
MARIA. Hablas de veras?
RAM. Cabal.

Conoce á don Manolito.
AMPARO Se conocen!
RAM. Claro está!
El amor hace diabluras.
MARIA. Tiene razon.
AMPARO. Es verdad.
RAM. Voy á referirlo todo.
Estaba yo poco ha
de palique con mi novio
arrimadita á un portal...
y por cierto que el muy perro
me está dando que pensar;
¿cómo querrá usted creer
que me la quiere pegar
con una prendera chata,
tan solo porque la tal
le pega bien los botones
del uniforme!
MARIA. Habla ya!
RAM. Si ya me lo tiene dicho
mi prima la Soledad;
vete con los militares
y ya verás, ya verás!
AMPARO. Tambien tu novio es guerrero?
RAM. Si señora.
MARIA. Acabarás?
RAM. Es músico; toca el figle:
pero él tiene dignidá,
como cualquiera.
MARIA. Ramona,
no acabas?
RAM. Voy á acabar.
Pues como digo, yo estaba
á la entrada del portal
con mi amor, ¿usté me entiende?
y á poco vimos pasar
á un oficial, y mi Paco
¡pues! saludó al oficial,
porque, amigo, la ordenanza
se debe de respetar,
y al fin y al cabo, el que sirve...
MARIA. Por la Vírgen del Pilar,

hazme el favor de decirme...

RAM. Si no me deja usté hablar!
Yo le eché la vista encima
al subteniente, y sin mas
ví de que era don Pablito,
y como yo estaba ya
prevenida pa entregame
de la carta que me da
todos los dias pa usté,
dije entonces, pues *velay*
que es don Pablo, y él entonces
me dijo: «voto va san,
pues si eres tú, Ramoncilla!»
y yo dije: «claro está!»
Y me dijo muy contento,
hoy no hay carta que llevar;
y dile á tu señorita
que esta noche iré yo allá,
que me llevará á su lado
don Manuel de Salazar,
que es amigo y me ha contado
que todas las noches va...
De modo, que muy prontito
le podrá usted abrazar.

MARIA. Abrazar?

RAM. Digo, pa el caso
todo viene á ser igual.

MARIA. Qué cosas tienes!

RAM. Caramba!
pues no estaria demas.

AMPARO. Y Manolito?

RAM. Ese creo
que ha de venir.

MARIA. Si, vendrá.

RAM. Adelante, señoritas,
la cosa es aprovechar
el tiempo; pues ya lo creo.
¿Á qué está una? Á pescar
lo que se pueda. Buen ánimo,
adelante, ello dirá!

ESCENA IV.

DICHOS, D. MIGUEL.

MIGUEL. No hay un alma en los cafés.
la cosa se pone mal;
ya lo creo! si con esta
condenada enfermedad
hay una *escama* terrible.
Échese usted á buscar
dinero por esas calles;
pícara calamidad!
Hola, niñas!

AMPARO. Papaito!

MARIA. Muy buenas tardes, papá;
cómo vuelve usted tan pronto?

MIGUEL. Si traigo un miedo cerval!
hoy se han muerto ciento trece,
me lo ha dicho el sacristan
de San Ginés, con que digo!
¡es una ferocidad!
á este paso...

AMPARO. ¡Qué fastidio!...

MIGUEL. Os acordais de don Juan
el padre de Balbinita,
que estaba en la sociedad
de crédito. «*La Castaña?*»
pues hoy le han ido á llevar
al cementerio.

AMPARO. De veras?

MIGUEL. Vaya! á la sacramental.

MARIA. Hablemos de otros asuntos.

RAM. (Ahora le van á atacar
el bolsillo.)

AMPARO. Papaito,
ya sabes que el jueves dan
un baile en casa de un jefe
de sanidad militar.

MIGUEL. Conque un baile, qué bonito!

MARIA. Nos han venido á invitar

y tú tendrás que llevarnos.

MIGUEL. Yo! no en mis dias.

MARIA. Lo harás
porque yo te lo suplico.

AMPARO. Y yo.

MIGUEL. No quiero; callad.

MARIA. Yo necesito un vestido.

AMPARO. Y yo necesito un boá!

MIGUEL. Y yo una levita nueva.

AMPARO. Y yo un abrigo, papá.

MIGUEL. Y yo un demonio que cargue
con todas vosotras!

MARIA. Bah!
No quieres ser complaciente?

MIGUEL. Hazme el favor de callar.

MARIA. Yo quiero un vestido de aguas.

AMPARO. Yo necesito otro igual.

MARIA. De aguas, eh? pues meted esos
en la jofaina y ya estan
servibles.

AMPARO. ¡No me incomodes.

MARIA. Llévame al baile, papá,
que he prometido una danza.

AMPARO. Y yo he prometido un wals.

MARIA. Y es preciso que no digan
que no nos quieres llevar.

AMPARO. Y van las del cuarto cuarto.

MARIA. Y las señoras de Sanz.

AMPARO. Y el director de telégrafos.

MARIA. Y un redactor del *Gil Blas*.

AMPARO. Y yo he de cantar un duo
con un promotor fiscal.

MARIA. Y yo...

MIGUEL. Basta, ó me sublevo.
Largo de aquí.

RAM. (Bueno va.)

MIGUEL. Fuera! Que estoy en el caso
de hacer una atrocidad!

MARIA. (Á Ramona.) Qué lástima! (Avísame
cuando venga.)

AMPARO. Adios, papá!
me has puesto triste.

MIGUEL. Me alegro!
Qué casa de Barrabás!
me dejarán sin camisa
un dia. (Suena la campanilla.)
(Á Ramona.) No oyes llamar?
Me voy á poner la bata.
Si viene alguno, avisad. (Ramona va á salir.)

ESCENA V.

PABLO, MANOLITO, RAMONA.

MAN. No estan?
RAM. Si señor, estan.
Creo que pronto saldrán.
Les paso aviso?
PABLO. Preciso.
RAM. Pues voy á pasar aviso,
y en seguidita vendrán.

ESCENA VI.

PRBLO, MANOLITO.

PABLO. Conque esta es la casa?
MAN. Sí.
Ya lograste tu capricho.
Cumplo lo que te ofrecí.
PABLO. Pero, hombre, no haberme dicho
que tú venias aquí!
Si me hubieras avisado
hace un mes, me hubiese ahorrado
varias cartas, mas de tres,
porque, chico, llevo un mes
de escribir mas que el Tostado.
Aquí reina la llaneza,
segun me has dicho?
MAN. Conforme
y segun...
PABLO. Tengo certeza.
Me he tomado la franqueza

de venirme de uniforme.

MAN. Ya ves... te traigo á esta hora,
sin cumplidos.

PABLO. Me encocora
la farsa de los salones.

MAN. Te advierto que la señora
tiene muchas pretensiones.

PABLO. Comprendo, esta es una casa
de confianza.

MAN. Guason!

PABLO. No se va á armar poca guasa!

MAN. Aquí, chico, todo pasa;
esto es un... un *demi-mond.*
Verás, gente más sencilla
no hay en el mundo.

PABLO. Sí, eh?
podré hablar con la chiquilla?

MAN. Pues ya lo creo! Hay camilla.

PABLO. Perfectamente.

MAN. Y quinqué.

PABLO. Tertulia franca!

MAN. Y completa.

PABLO. Magnífico! Gozaré.

MAN. Papá lee la Gaceta;
las niñas hacen crochet.

PABLO. Bravo!

MAN. Y la mamá, calceta.

PABLO. Conozco el tipo, por Dios:
hará como un año ó dos
ibamos á la tertulia
de una cierta doña Julia,
que tenia mucha tos...

MAN. Burlon, cómo te despachas!...

PABLO. Yo les tenia las hebras
del hilo á varias muchachas;
iban allí algunas fachas!...
se armaban unas culebras!...
Un don Mariano muy vano
tocaba muy bien el piano;
y mientras tanto él tocaba,
con todo el mundo bailaba
la mujer de don Mariano.

Qué belenes! yo no sé
lo que aquel año gocé,
me divertí á troche y moche.
Hombre, qué mas? una noche
se nos apagó el quinqué!

MAN. Eso es divino, divino!
Aquí no hay tanto belen,
y hay que andarse con mas tino.
Amaremos por lo fino
y lo pasaremos bien.

PABLO. Gran casa, por vida mia.

MAN. Tú vienes aquí resuelto
á enamorar á Maria,
con buen fin...

PABLO. Qué tonteria!
No sabes lo del *buey suelto*...
Tú amas á alguien?

MAN. Pues es claro.
Á la otra hermanita, á Amparo.

PABLO. Ya, comprendo, señorito;
el nombre es un poco raro.

MAN. Es un nombre muy bonito.

PABLO. Pero te has vuelto valiente?
Recuerdo perfectamente
que tú y nuestro amigo Eugenio
erais tan cortos de genio
que se os burlaba la gente.

MAT. Eso será algun *canard*.

PABLO. Vamos, no hay que disculpar
tus faltas con tal cinismo.

MAN. Pues bien; siempre soy el mismo,
no lo puedo remediar.
Creo que esto no es desdoro.

PABLO. De verte asi me encocoro.

MAN. Yo, que me atrevo á poner
dos banderillas á un toro,
tiemblo junto á una mujer.
Ya sabes tú quién soy yo,
que tengo una *efronterie*
y un *sans façon*...

PABLO. No que no.

MAN. Pues con ellas, se acabó,

me pongo fuera de mí.
Hay veces que ruboroso
oigo que se me declaran
y esto me pone nervioso:
la duquesa de Bascáran
me ha dicho que soy precioso!
Esto que te digo es cierto;
una noche en un concierto
oí decir con cariño:
«que me acerquen ese niño,»
y yo quieto como un muerto.
Y en esto, chico, no hay duda,
ó es que lo que valgo sé
ó que mi pudor me escuda.
¡Un dia me desmayé
porque me miró una viuda!
Cuando en Amparo reparo
una mirada en que avaro
leo que vive por mí,
me sumo en la *reverie*
y estoy mudo con Amparo.
Esto es una enfermedad,
es una calamidad,
no hay medio que yo no intente,
soy la víctima inocente
de mi sensibilidad.
Paso unas noches terribles,
epouvantables, horribles:
¡ay! de la prosa en el fango
para las almas sensibles
este mundo...

PABLO. ¡Es un fandango!
Grima me da verte asi,
y no respondo de tí.
Yo en viendo unas faldas, trino.

MAN. Eso me gusta, divino!

PABLO. ¿Por qué no aprendes de mí?
La mujer es caprichosa,
hay que saberla tratar
de una manera graciosa,
y en cogiéndola, charlar
y charlar, esta es la cosa.

MAN. —Tú eres un poco *efronté*.
PABLO. Lo que tú quieras seré,
pero á mí no hay quien me atrape,
y la que á mí se me escape
ya te aseguro yo que...
MAN. Tanto descaro me agobia;
tú no reparas en nada.
PABLO. Tuve una vez una novia
en la calle de Segovia,
cerca de Puerta Cerrada.
Inés se llamaba; y es
tan cierto como el decálogo
que *me idolatraba* Inés,
y hacia yo el veintitres
en su amoroso catálogo!
Me juró que me adoraba
con amantísimo afan,
y mientras yo la espiaba...
se fué con un capitan
de húsares de Calatrava.
Lo sentí, Dios es testigo,
mas dije, basta con una,
y hoy á toditas les digo
amores, pero conmigo
no se divierte ninguna.
Hoy ya no acudo al reclamo,
ya no fio ni en el lloro,
ni en el turbado *te amo*,
y si me dicen *te adoro*
lo creo; pero me escamo.
No me lances un reproche,
yo he amado á troche y moche
blancas, morenas y rubias,
desde la que arrastra coche
hasta la que vende alubias.
Incitantes, cariñosas,
deslumbrantes, hechiceras,
de amor y placer ansiosas
eran todas tan hermosas...
pero chico, qué embusteras!...
Por eso en mis varios gustos
no me han de dar muchos sustos

blancas, rubias y morenas;
ellas me matan á penas
y yo las mato á disgustos.
Resisto á cualquier embate,
juego sin pena el albur,
luchan, acepto el combate,
me faltan, lio el petate,
me he divertido, y abur!

MAN. Hablas con mucha pasion,
Pablo; si bien lo reparas,
siempre hay alguna excepcion.

PABLO. Pero chico, son tan raras!...
chico, qué raras que son!

ESCENA VII.

PABLO, MANUEL, MARIA, AMPARO.

MARIA. Ay!

PABLO. Oh placer sin igual!
al fin me veo á tu lado.
Señorita... (Saludando á Amparo.)

AMPARO. Caballero...

MAN. Muy buenas tardes, Amparo.
Estoy á los pies de usted.

AMPARO. Adios, Manolito.

PABLO. Vamos!
(Como disputando con Maria.)

MAN. Le traigo á usted los dos tomos
de la novela...

AMPARO. Hoy acabo
de leer aquella otra.

MAN. De modo que yo he logrado
llegar á tiempo...

AMPARO. Mas vale
eso que rondar un año,
segun el refran...

MAN. Por eso...
(Ya estoy un poco apurado.)

PABLO. No me digas esas cosas (Á Maria.)
que me voy á poner malo.

MARIA. Me quieres?
PABLO. Que si te quiero!
Pues no lo sabes?
MARIA. Ingrato!
AMPARO. Cómo se titula esta? (Á Manuel.)
MAX. Tiene un título muy vago.
AMPARO. «Treinta y dos generaciones
de campaneros.»
PABLO. Canario!
(Oyéndolo y volviéndose.)
estamos seguros, chico?
MARIA. Oye. (Á Pablo.)
PABLO. Te oigo.
MARIA. Eres muy malo.
Sé que te ha escrito una novia
que tenias en el Pardo.
PABLO. Á mí?
MARIA. Si señor, á ti.
PABLO. No tal.
MARIA. Se llama Milagros,
y es prima de una muchacha
amiga mia.
PABLO. Ya, vamos!
Milagritos, una chica
que tiene el pelo castaño,
hija de un señor muy gordo
que lleva un gaban muy largo...
MARIA. Sí.
PABLO. Ya sé quien es, mujer.
MARIA. Te ha escrito una carta.
PABLO. Hablando
con franqueza, no es verdad,
me ha escrito dos.
MARIA. Pues me enfado,
porque eso quiere decir
que te han quedado resabios.
MAX. Está usted hoy *fashionable*,
está usted preciosa, Amparo.
AMPARO. Muchas gracias.
MAX. (Ay, Dios mio;
si le habrá sabido malo!)
AMPARO. (Ahora me lo va á decir.)

MAN. Dispense usted si he osado...
AMPARO. Si yo tengo mucho gusto...
MAN. Me da usted permiso, Amparo,
para decirle una cosa?
AMPARO. Si señor. (Al fin y al cabo
lo dice.)
MAN. Pues... sabe usted... (Pausa.)
que hoy ha habido treinta casos!
AMPARO. Hombre, me alegro en el alma.
(Aunque te hubiese tocado...
Jesus, qué posma de hombre!)
MAN. (Está visto, soy un zángano,
no me atrevo.)
PABLO. Si tú sabes (Á Maria)
que te quiero y te idolatro
y que tu amor es mi vida,
y que no sé lo que hago
desde que este amor inunda
mi pecho con fuego santo!
Ayer, por pensar en tí
le dije en la guardia á un cabo:
«Gonzalez, eres divino!»
MARIA. De veras?
PABLO. Lo que yo paso!...
No duermo ninguna noche,
y me levanto temprano,
y cuando tú no me escribes
ó hablarte no he logrado,
la pego con mi asistente,
y le atizo cada palo...
ayer le tiré una bota,
que si le doy bien lo parto.
MARIA. Asi quiero que me quieras.
PABLO. Tienes un pie, y una mano...
MAN. Amparito...
PABLO. (Algo se pesca.)
(Besando la mano á Maria.)
Preciosa!
MARIA. (Este hombre es un grano!)

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA INÉS.

INÉS. Señores...
MARIA. Chito! Mamá. (A Pablo.)
MAN. Señora...
PABLO. Preséntame.
MAN. Me tomo la libertad...
INÉS. Ah! (Viendo á Pablo.)
MAN. De presentarle á usted
á don Pablo de Romero.
PABLO. Señora, tengo el placer...
MAN. Uno de nuestres primeros
subtenientes.
INÉS. Yo no sé
cómo expresar la alegria
que me causa...
PABLO. Á mí tambien.
(Se parece á una patrona
que tuve yo en Sabadell.)
INÉS. Tomen ustedes asiento.
PABLO. Mil gracias, estamos bien.
INÉS. Ya sabe este caballero
que aquí no hay cumplidos, eh?
Á mí me seduce mucho
la franqueza, puede usted
considerar esta casa
como suya.
PABLO. Si lo haré
ya que usted es tan amable,
señora.
INÉS. (Qué fino es!)
Ramona! (Ramona entra.)
Acerca esa mesa.
RAM. Voy allá!
INÉS. Y trae el quinqué.
Quiero darle á usté una prueba
desde la primera vez
que le veo, de que aquí
nunca le hemos de ofender,

haciéndole la visita
como á cualquiera.

PABLO. Eso es.
Ya ve usted, yo me presento
cuando empieza á anochecer
y vestido de uniforme.

INÉS. Es claro, asi debe ser.

MARIA. Eso le gusta á mamá. (Á Pablo.)
(Háblale mucho.)

PABLO. (Lo haré.
Verás como la ponemos
de nuestra parte)

INÉS. Y usted? (Á Manolito.)

MAN. Yo, señora, siempre ansiando
saludarla.

RAM. (Qué tal, eh? (Á Maria.)

MARIA. Mira tú cómo se arregla
con mi mamá!

RAM. Puede ser!

MARIA. Sabe mucho!

RAM. Caracoles!)

MAN. Estoy un poco *faché*.

RAM. (Si vendrá por la señora (Mirando á Pablo.)
y yo no lo eché de ver!..
Ay, qué tuno!)

INÉS. Vamos, niñas,
á la labor.

PABLO. Es usted
incomparable, señora.

INÉS. Gracias, Pablo. (Yo no sé
qué pensar...

[illegible] ¡Me habla de un modo
tan expresivo!... un doncel
como este, me convenia.)

PABLO. Con el permiso de usted
me voy á quitar el sable.

INÉS. Sentémonos.

PABLO. Si, pardiez.

(Se sientan alrededor de la camilla. Doña Inés entre Amparo y Maria; al lado de esta Pablo, y al lado de aquella Manuel.)

AMPARO. Téngame usté esta madeja. (A Manuel.)

MAN. *Avec plaisir!*

ESCENA IX.

DICHOS, D. MIGUEL.

MIGUEL. Ejem! ejem!
Señores, muy buenas noches.
(Pablo va á levantarse.)
INÉS. No, no se moleste usted;
es mi marido.
PABLO. (Caramba,
qué desgraciadillo es.)
INÉS. Miguel, este caballero...
MIGUEL. Ah! celebro...
PABLO Soy de usted...
INÉS. Nos ha sido presentado
por nuestro amigo Manuel
MIGUEL. Me alegro mucho.
PABLO. Mil gracias.
MIGUEL. (Las cosas de mi mujer!
Siempre recibiendo gente!)
Con el permiso de usted,
voy á leer.
INÉS. Es costumbre
que tenemos.
PABLO. Y hacen bien.
(D. Miguel se sienta entre doña Inés y Maria.)
MIGUEL. (Lee.) «La enfermedad dominante
se ha recrudecido ayer.»
MARIA. Pues yo no tengo aprension.
MIGUEL. ¡Calla!
PABLO. (Á Maria.) (Qué mimoso es
tu papá.)
AMPARO. Decia usté algo? (Á Manuel.)
MAN. Ay, Amparo!
MIGUEL. A ver, á ver...
(Lee.) «En San Millan treinta casos,
en San Luis ochenta y seis,
han sido atacados ciento:
han muerto cuarenta y tres.»
Esto se pone muy malo.

INÉS. No temas, tomando té...
MIGUEL. (El té es el dios de mi esposa!
Cuidado con mi mujer!...)
MARIA. (Me quieres?) (Á Pablo.)
PABLO. (Mas que á mi vida.)
MIGUEL. Caramba, muchacha! (Á Maria)
MARIA. Qué!
MIGUEL. Que me has dado un pisoton!
MARIA. Yo no, papá.
PABLO. Cállate. (Á Maria bajo)
que he sido yo.
Mari[redacted]. Cómo, tú?
PABLO. Sí, yo, que me equivoqué.
MAN. Ay, Amparito!
AMPARO. (Este niño
es un caso.)
RAM. Escuche usted. (Á D. Miguel.)
MIGUEL. Qué quieres?
RAM. (Tenga usted ojo!)
PABLO. Hola, un piano, toca usted?...
INÉS. Alguna noche se baila.
PABLO. Pues bailemos.
MAN. Eso es.
MARIA. Sí, sí, bailemos, bailemos.
Yo ya no hago mas crochet.
AMPARO. Asi se le olvida á uno
la epidemia.
PABLO. Dice bien.
RAM. (Hay moritos en la costa.) (Á D. Miguel)
MIGUEL. Cuerno!
INÉS. Qué es eso, Miguel?
RAM. (El militar es muy largo (Id.)
y todo pudiera ser...)
MIGUEL. (Le voy á saltar un diente.)
INÉS. Quita esa mesa. (A Ramona.)
MARIA. Ay, qué bien!
¡Mamita, qué buena eres!
PABLO. Bailarás comigo?
MARIA. Pues!
Antes baila con mamá,
no se enfade.
PABLO. (Ay, qué belen!

Tambien baila esta señora?
No me queda mas que ver.)

MAN. Pablo, toca una habanera.

MIGUEL. (Estoy hecho un Lucifer.)

INÉS. (No te pongas incapaz.) (Á Miguel.)

AMPARO. Ay, Pablito, toque usted
esa habanera.

PABLO. Por Dios...

INÉS. Vamos!

PABLO. Si es que no la sé
mas que con un dedo.

MIGUEL. (Cinco
te voy yo á plantar ó diez.)

INÉS. Amparito, toca un poco.

MAN. Yo le volveré el papel.

AMPARO. (Ea, siempre he de ser yo
la que se fastidie.) (Se sienta al piano.)

INÉS. Qué!

MAN. Toque usted la fantasia
sobre los motivos de...

MIGUEL. (Sobre los motivos mios!)

PABLO. Señora, permita usted...
(Invitándola á bailar.)

MIGUEL. (Como bailes, doy un trueno.

INÉS. Pues si señor, bailaré.
La señora de la casa
ha de ser amable.

MIGUEL. Pues!
Pero no tanto ni á costa
de los demas.)

MAN. Venga usted. (A Maria.)
Vamos á bailar un poco.

MARIA. Tan solo esta danza.
(Amparo comienza á tocar una danza.)

MAN. Bien.

MIGUEL. (Sí? pues rabia, condenada.
que ahora te voy á poner
en ridículo.) ¡Ramona!

RAM. Manda usted algo?

MIGUEL. Sí, ven.
Vamos á bailar los dos.

RAM. Pero, señor...

MIGUEL. (Cállate.
Si no bailas, te despido.)
RAM. ¡Adelante! (Bailan todos.)
INÉS. ¡Ay, qué Miguel!
PABLO. (Cómo pesa esta señora!)
INÉS. Ay, Pablito!
MARIA. Va muy bien.
RAM. Mas deprisita, señor!
MIGUEL. ¡Estoy hecho un Lucifer! (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, AMPARO.

MARIA. ¿Estás levantada ya?
¡Qué madrugadora, hija!
AMPARO. No he dormido casi nada.
MARIA. Pues yo me acosté rendida.
¡Qué bailar!
AMPARO. Fuiste dichosa?
MARIA. ¡Muchísimo!
AMPARO. Picarillla!
MARIA. Pablo estuvo tan galante!
Me dijo que me queria,
me llamó Aspasia y Calipso
y otras cosas muy bonitas;
me prometió idolatrarme
sin cesar, toda la vida;
en fin, nos dijimos cosas...
AMPARO. Qué?
MARIA. Que no son para dichas.
AMPARO. Ay, Maria, tú lo entiendes;

ay, tú lo entiendes, Maria.
Yo estoy frita con Manuel;
sí, te, lo juro, estoy frita;
qué mania de callarse,
válgame Dios qué mania!...

MARIA. ¿No rompe?

AMPARO. Que ha de romper!
Te acuerdas cuando me hacias
señas y me preguntabas
qué es lo que Manuel decia?

MARIA. Sí, le ví tan animado
que pensé...

AMPARO. Pues... no te rias.
Me estaba enseñando el modo
de poner dos banderillas.

MARIA. Qué poco Pablo se apura,
ni se para en tonterías;
qué bien trastea el asunto,
qué bien habla, qué bien pinta!

AMPARO. Te envidio tanta fortuna.

MARIA. Y es para tener envidia;
no sabes tú lo que es eso.

AMPARO. No lo he de saber, tontita,
si he tenido quince novios
y he pasado ochenta dias
sin comer mas que dos veces,
porque un pícaro bolsista
me quiso robar de casa
para llevarme á Manila,
y me desperté muy tarde
y nos perdimos de vista?
No he de saber qué es cariño,
si por darle gusto á un quidam
eché de casa á la perra,
que era una cosa divina!
No he de saber, si estoy harta
de dar y recibir citas,
y tengo doscientas cartas,
y quince fotografías,
y treinta y cinco mechones
de cabelleras distintas,
de otros tantos caballeros

que me han matado á visitas?
Yo sé cuanto hay que saber,
y estoy práctica en conquistas;
pero cuando llega un hombre
que ni dice, ni se explica,
la mas lince, se confunde;
la mas franca, se fastidia!

MARIA. Tienes razon, y hay que hacer
que ese niño se decida.

AMPARO. Indícame un medio bueno.

MARIA. Procura ver si le obligas...
Ah, qué idea! Son las once,
mamá salió de visita,
papá está en el ministerio
y estamos aquí solitas.
Manuel, como de costumbre
vendrá, cual todos los dias;
Pablo estará ya esperando
aviso mio, en la esquina;
mientras yo hablo con Pablito,
tú con el otro te animas,
y si vemos que se apoca
le atacamos en guerrilla.
Pablo le apunta al oido,
y yo hago la distraida;
vamos á ver si entre todos
le hacemos gastar saliba.

AMPARO. Sí, sí: porque francamente...

MARIA. Habla.

AMPARO. ¡Que me corre prisa!

MARIA. Ya verás, antes de un año
dejas de ser señorita:
serás la señora de...

AMPARO. Cállate, no me lo digas.

MARIA. Yo pienso ser con el tiempo
la generala de...

AMPARO. ¡Chica!

MARIA. Toma, toma, pues es claro;
recibiremos visitas;
tendremos tées bulliciosos
y gastaremos berlina.
Yo me he de comprar un traje

de color de francesilla
con dos tiras de bullones
y diez varas de puntillas.

AMPARO. Yo una falda de ilusion
y un cuerpo de fantasía
con un *fichou* con encajes
y dos pares de caidas.
Quién lo pescara!

MARIA. ¡Ay, amor!

ESCENA II.

DICHAS, MANOLITO.

MAN. ¡*Bon jour*!

MARIA. ¡Ay!

AMPARO. (Llegó la mia!)
(Maria se retira hácia el balcon.)

MAN. Á los pies de usté, Amparito.

AMPARO. Muy buenos dias, Manuel.

MAN. Ha descansado usted, ya?

AMPARO. Perfectamente. Y usted?

MAN. Yo no estoy muy bien templado.

AMPARO. Cómo es eso?

MAN. Estoy *faché*.
Me ha hecho mi sastre un gaban
que no hay quien pueda con él.
Le gusta á usted mi sombrero?

AMPARO. Sí.

MAN. Me lo han traido ayer.
Castor mate; última moda.

AMPARO. Ya, ya.

MAN. *Haute nouveauté*.

AMPARO. (Válgame Dios y qué hombre!)

MAN. (Válgame Dios, qué mujer!) (Pausa.)

AMPARO. ¿Me trae usté aquellos libros!

MAN. ¡Pues no los he de traer?
Á mí nunca se me olvida
lo que se refiere á usted.
Aquí traigo el primer tomo
de los *Veinte años despues*;
y un libro de poesias

por Alfredo de Musset.

AMPARO. ¡Ay! estarán prohibidos?

MAN. Señorita, yo no sé...

AMPARO. Porque me ha dicho papá
que no se pueden leer
si no son...

MAN. Vaya, qué cosas
tiene su papá de usted!
Y á propósito, hoy tenia
que hablar á papá.

AMPARO. ¿Si, eh?

MAN. Y de un asunto muy serio.

AMPARO. ¿De verás? Podré saber...

MAN. Es una cosa importante.

AMPARO. (Ya adivino lo que es...)

MAN. Quiere usted oirme, Amparo?

AMPARO. Eso deseo, Manuel.

MAN. Pues yo tengo...

AMPARO. (Ahora lo dice.)

MAN. Yo tengo...

AMPARO. Vamos á ver.

MAN. Pues como digo, yo tengo...

AMPARO. Pero hombre, qué tiene usted?

MAN. Nada, nada, *rien du tout*,
estoy un poco *enrumé*.

AMPARO. (Me está cargando este hombre.)

MAN. (Me confunde esta mujer.)
Amparo, yo soy un jóven...
soy un jóven...

AMPARO. Ya lo sé.

MAN. Capaz de cualquier empresa.

AMPARO. Hombre lo quisiera ver!

MAN. Y hace que vengo á esta casa
mucho tiempo...

AMPARO. Verdad es.

MAN. Y yo tengo aquí un objeto.

AMPARO. (¡Vamos!) Me lo figuré.

MAN. Yo cuando deseo algo,
no sosiego...

AMPARO. ¡Puede ser!

MAN. No sosiego hasta lograrlo.

AMPARO. Eso me gusta.

MAN. ¿Si, eh?
Pues mire usted, yo deseo
hablar hoy con don Miguel,
porque tengo que decirle...
tengo que decirle...
AMPARO. Qué?
MAN. Una cosa.
AMPARO. ¡No lo dudo!
MAN. Y voy á decirle á usted:..
(Sacando una boquilla del bolsillo.)
¿Usted no ha visto mi pipa?
aquí está; *ecume de mer*,
mire usted qué color tiene,
y cómo está *culotté*.
AMPARO. Pero por amor de Dios...
MAN. Voy á enterarla á usted bien.
AMPARO. (¡Ay, me revienta este niño!)
MAM. (¡Ay, me mata esta mujer!)
Amparo, yo estoy ardiendo
de amor.
AMPARO. Me parece bien.
MAN. Y no sé si á mi pasion
corresponde quien yo sé.
AMPARO. Preguntarlo.
MAN. No me atrevo.
AMPRAO. Caramba, atrévase usted!
MAN. Tengo miedo.
AMPARO. ¿Quién es ella?
MAN. Un arcángel.
AMPARO. ¡Está bien!
MAN. Yo la adoro.
AMPARO. Muy bien hecho.
MAN. Usted sabe...
AMPARO. Si lo sé.
MAN. Ay, Amparo!
AMPRRO. Ay, Manolito!
MAN. Qué haré yo?
AMPARO. Lo que hay que hacer.
Hablar á papá.
MAN. ¡Corriendo!
usted me anima?
AMPARO. Si á fé.

MAN. Voy á buscarle.
AMPARO. Corriente.
Qué feliz que me hace usted!
MAN. Estará en el ministerio?
AMPARO. Si señor.
MAN. Le voy á ver.
Soy dichoso!...
AMPARO. Vamos, hombre.
MAN. La emocion...
AMPARO. Acabe usted...
(Caracoles con el hombre!)
MAN. (Me entusiasma esta mujer!)
¡*Au revoir*!
(Tropieza con un velador y lo derriba.)
AMPARO. Hombre, cuidado!
(Al salir Manuel tropieza con Pablo y se le cae el sombrero.)
PABLO. Caramba!
MAN. Estoy *enragée*. (Váse.)
AMPARO. Ay, esto es inaguantable!
MARIA. Ha dicho algo? (Á Amparo.)
AMPARO. (Marchándose.) No lo sé!

ESCENA III.

PABLO, MARIA.

PABLO. Ya me tienes á tu lado.
Perdóname si he tardado.
MARIA. No te debo perdonar.
PABLO. Eh! yo te sabré calmar
con mi amor, dueño adorado.
No hay como tú dos mujeres,
y cuando entro en esta casa
mi pecho de amor se abrasa,
pues desde que tú me quieres
yo no sé lo que me pasa.
Para mí ya no hay cuartel,
ni visita de hospital,
ni...
MARIA. No me seas infiel!
PABLO. No me seas tú cruel.

Vamos, no me trates mal!
Maria, no pasa un dia
sin que yo me diga asi:
por qué adoro yo á Maria?
y he dado en la tontería
de responder: porque sí.
Por mas vueltas que le demos,
y por mas que discurramos,
otra razon no hallaremos;
en el mundo ¿por qué amamos?
claro está; porque queremos.
Un resorte singular
nos mueve desque nacimos
y á otro ser nos hace amar,
y á su impulso nos rendimos
sin poderlo remediar.
Desde Pinto á Santander,
desde Tetuan á la Granja,
y desde el Congo á Alcocer,
no hay un ser, que en otro ser
no halle su media naranja.
Asunto es este muy grave:
¿qué es amor? nadie lo sabe;
pero quién no lo comprende?
á su calor dulce y suave
qué corazon no se prende?
Unos le llaman ficcion;
otros le llaman pasion,
otros daño, otros locura,
pero á mí se me figura
que no hay tal definicion.
Yo te ví; y en un instante
mi corazon anhelante
del amor tuyo que ansiaba,
dentro del pecho saltaba
de emociones palpitante.
Y aunque me precio de ducho,
si á mi corazon escucho
no sé por qué te prefiero,
tan solo sé que te quiero.
pero que te quiero... mucho!
No es preciso, pues, saber,

el por qué, cómo, ni cuándo
de este amor que arde en mi ser;
tú eres tal vez la mujer
que ha tiempo voy yo buscando.
Y en la pasion que atesoro,
por tu mas leve capricho
daria el oro, y el moro;
te amo, te quiero, te adoro...
y me quedo corto. He dicho.

MARIV. Pablo, si contigo hablo
y vocablo tras vocablo
comprenderte al fin consigo,
Pablo, de veras te digo
que me comprometes, Pablo.
Porque al oirte decir
lo que ahora acabo de oir;
mi alma en tu amor se extasia;
yo inocente en paz vivia
y tú me has hecho sufrir.
Mas oye; tu noble afan
va á encontrar mas de un obstáculo...

PABLO. Los que haya se allanarán.

MARIA. No; no demos espectáculo,
que estamos sobre un volcan.
Mi padre está decidido
á buscarte, y ha ofrecido
obligarte á declarar...

PABLO. Hombre, lo voy á esperar.

MARIA. No lo esperes, yo lo impido.

PABLO. ¿Qué?

MARIA. No es esto contrariarte;
tan solo es querer decirte
porque puede interesarte,
que él se propone seguirte,
y si te coge te parte.

PABLO. ¿Sí? pues mira, con franqueza;
si yo adquiero la certeza
de que él me tiende algun lazo,
vengo y le pego un sablazo
que le rompo la cabeza.

MARIA. ¡Pablo! Mira que es mi padre,
me sumes en desconsuelo.

PABLO. Siento que esto no te cuadre,
pero al hijo de mi madre
no le da nadie un *camelo*.
Por qué está enojado, dí?
MARIA. Yo á la verdad no lo sé.
PABLO. Pero no sospechas...
MARIA. Sí.
PABLO. Pues puedes estar así
sin decirlo!
MRRIA. Lo diré.
Anoche al vernos bailar
se debió de incomodar,
porque despues que te fuiste
se puso... asi, un poco triste,
y luego se fué á acostar.
Él solo, á gritos heridos,
«voy á pegarle una soba»
decia dando aíaridos,
y daba unos resoplidos
que hacia temblar la alcoba.
Pero esto no importa nada,
todo ello tiene remedio;
con una frase estudiaba
cesa la tormenta airada.
PABLO. Veamos; dime tú el medio.
MARIA. ¿Tú me quieres?
PABLO. ¿No lo sabes?
MARIA. Pues entonces claro está
que en tus propósitos graves
preciso será que acabes
por decírselo á papá.
Si no le has hecho tilin
y es por motivo tan ruin
por lo que fiero te increpa,
se calmará cuando sepa
que tú vienes con buen fin.
Le explicas tus sentimientos,
le aseguras que me adoras,
os dejais de cumplimientos,
vienes aquí á todas horas
y estamos todos contentos.
PABLO. Tienes tú razon, mujer.

¡Vaya si lo voy á hacer!
en cuanto venga le hablo.

MARIA. ¿No me has comprendido, Pablo?

PABLO. ¿Pues no te he de comprender?
(¿Que pierdo en ello?)

RAM. (Apareciendo en la puerta del foro.) ¡El señor!

MARIA. Él es; ven.

PABLO. Adónde!

MARIA. Aquí,
al cuarto de la labor.

PABLO. ¿Y no voy á hablarle?

MARIA. Sí,
pero despues es mejor.

RAM. ¡Qué viene el amo!

PABLO. (¡Ay, qué tio!)

MARIA. Vamos, ven.

PABLO. (Si me desvio
de mi plan, soy hombre muerto!)

MARIA. ¿Te quedas?

PABLO. No, no por cierto;
vamos allá. (¡Vaya un lio!)

ESCENA IV.

D. MIGUEL, RAMONA.

MIGUEL. Me estoy temiendo un fracaso:
en mi caso, por mi nombre,
no se ha visto ningun hombre;
no soy hombre, soy un caso.
Hoy... soy un difunto en ciernes;
si esto dura mucho, estallo;
echado está ya mi fallo,
debí de nacer en viernes.
Yo vivia en un quietismo...
¡Por qué me casé? ¡Por qué?
¡Si el dia que me casé
me hubiera roto el bautismo!
Mi esposa... no es muy hermosa,
pero hoy me ha dicho un colega
que la mas fea, la pega
de una manera horrorosa.

¿Habrá acudido al reclamo
del teniente? francamente,
cuando yo veo un teniente
junto á mi mujer, me escamo.

RAM. Esta carta. (Dándole un papel.)

MIGUEL. No se aparta
de mi mente...

RAM. (No me ha oido!)
¡Esta carta que han traido!

MIGUEL. ¿Eh? vamos á ver la carta.
(Lee.) «Señor don Miguel Azcáran:
»muy señor mio y mi dueño;
»me alegraré que al recibo
»de esta carta, se halle bueno,
»y con la cabal salud
»que yo para mí deseo.
»La mia buena, á Dios gracias,
»como siempre. (Hablado.) Lo celebro.
»Sirve esta para decirle
»que desde el mes de febrero
»del año cincuenta y cuatro
»me estan ustedes debiendo
»dos mil cuatrocientos reales
»con cuarenta y cinco céntimos,
»importe de comestibles,
»jabon, y velas de sebo,
»y que me he visto en el caso... »
(Hablando.) Vamos, ya pareció aquello.
(Lee.) «En el caso de vender
»á otra persona aquel crédito;
»por consiguiente, á mi casa
»nada le debe usted, pero
»quien el crédito ha comprado
»es un andaluz muy seco
»capaz de embargarle á usted
»la voz, si se empeña en ello,
»y aunque no vive en Madrid,
»ha dejado segun creo
»á un hijo suyo encargado
»de cobrar esos cuartejos;
»lo cual participo á usted
»por lo mucho que le aprecio.

»Á los pies de la señora.
»Consérvense ustedes buenos.
»Disponga usted como guste,
»y déle un besito al perro.»
Para alivio de mis males
me viene este á consolar;
¿de dónde voy yo á sacar
dos mil cuatrocientos reales?
Desazon tras desazon
¡ay, me tienen confundido!
señor, habré yo nacido
para tocar el violon?

RAM. (¡Qué desazonado está!)
Señor, ¿qué mosca le pica?

MIGUEL. (Qué graciosa es esta chica!)

RAM. ¿Quiere usté algo?

MIGUEL. ¡Ven acá!

RAM. Ya estoy aquí. (Acercándose.)

MIGUEL. (¡Ah, suerte perra!
por qué tendré yo mujer?
este es el único ser
que me comprende en la tierra?) (Pausa.)
Ramona, tú eres muy mona;
cuando estoy cerca de tí
no sé qué pasa por mí;
acércate mas, Ramona.

RAM. ¡Pues no está usted poco amable!

MIGUEL. Yo te aprecio.

RAM. ¡Qué fortuna!

MIGUEL. Siempre te tuve por una
muchacha muy apreciable.
¿Te gusto?

RAM. ¡Válgame Dios!

MIGUEL. Tú á mí me gustas muchísimo...

RAM. Señor, existe un *abísimo*
entre medio de los dos.

MIGUEL. No importa; salvarle puedo.
Consuélame, que estoy triste.

RAM. Yo he llorado hoy, conque *miste*...

MIGUEL. Ven acá, no tengas miedo.
(Si yo lograra saber
lo que deseo inquirir...)

RAM. (Si yo llego á conseguir
dar á mi Paco que hacer!)
MIGUEL. (La convenzo, hablando en plata,
y acude pronto al reclamo.)
RAM. (Le doy celos con el amo
y no habla mas con la chata.)
MIGUEL. ¿Conque has llorado?
RAM. Si á fé.
MIGUEL. Llorar tú!
RAM. Si tal.
MIGUEL. ¡Mal haya!
No lo digas.
RAM. ¡Vaya, vaya,
y qué cosas tiene usté!
MIGUEL. Tu pena del pecho salga,
darte lo que quieras quiero...
(Como no sea dinero
ni otra cosa que lo valga.)
RAM. ¿Qué desea usted de mí!
MIGUEL. ¡Habla bajo!
RAM. ¡Pues qué pasa?
MIGUEL. ¿Qué sucede en esta casa?
RAM. ¿Cómo?
MIGUEL. ¿Qué sucede aquí?
Á esta casa viene un hombre...
RAM. Vienen dos.
MIGUEL. De uno ya sé.
RAM. Oh! el otro .. déjelo usté.
MIGUEL. Permíteme que me asombre.
¿No he de poner yo reparo
si él viene y no se contiene?
RAM. No señor, puesto que viene
por la señorita Amparo.
MIGUEL. ¡Tambien por Amparo! (Oh, Dios!
no le basta con mi esposa,
que aun hacer el oso, osa
con Amparo! Tiene dos!)
Le voy á matar.
RAM. ¡Qué horror!
MIGUEL. ¡Pobre de él!
RAM. Pues no se altera
poco...

MIGUEL. Estoy hecho una fiera.
RAM. Tenga usted alma, señor,
si eso no importa...
MIGUEL. ¡Ramona!
RAM. Eso está muy admitido.
MIGUEL. Cállate ya, ó te despido.
RAM. Y en siendo él una persona
decente...
MIGUEL. ¡Aunque fuera el niño
de la bola!
RAM. ¡Qué tontuna!
Cuando la quieren á una
con verdadero cariño...
MIGUEL. No sabes lo que te pescas;
¿qué crees que debo hacer?
RAM. Nada, dejarlo correr.
MIGUEL. ¿Sin decirle cuatro frescas?
¿Sin matar á esa Agripina?
¡bonito papel me ofreces!
RAM. Pero, señor, ¿cuántas veces
habrá hecho lo mismo?...
MIGUEL. ¡Ah, indina!
INÉS. (Dentro.) ¡Miguelito!
MIGUEL. ¡Eh? vete ya!
(Ramona se va, D. Miguel la llama y ella vuelve.)
Ramona, tú eres muy mona;
cuando venga esa persona
¡espíala! ¡espíala! (Váse Ramona.)

ESCENA V.

D. MIGUEL, DOÑA INÉS.

INÉS. Hola, buenos dias, hijo.
MIGUEL. Felices dias, *mamá.* (Con ironia)
INÉS. ¿Estamos de buen humor?
MIGUEL. (Si, confia, y ya verás.)
INÉS. Sabes que he ido de tiendas?
MIGUEL. No sabia...
INÉS. Ya verás,
he comprado un par de faldas
de moda.

MIGUEL. Has hecho muy mal.
INÉS. Un encaje de *guipure*
y dos varas de *agremán*;
ademas traigo unas pasas
para postre, traigo un flan,
y cuatro libras de té.
MIGUEL. ¡Por vida del té!
INÉS. Aquí está.
Dime, Miguel, con franqueza,
á tí cuál te gusta mas,
el té negro, ó el té perla?
MIGUEL. Á mí? El *Te-deum*.
INÉS. Cabal!
como que tienes un miedo
que no puedes respirar.
MIGUEL. Lo que tengo yo, señora.
es una calamidad
que se llama matrimonio,
con la que me va muy mal.
Lo que tengo es que estoy harto
de verla á usted derrochar.
¡Para qué quiero yo pasas
si no las puedo pasar?
Qué necesidad habia
de comprar el *agremán*?
¿Va usted á dar algun baile?
INÉS. Tal vez.
MIGUEL. ¡No faltaba mas!
¡Es usted una serpiente!
INÉS. Ya te pones incapaz.
MIGUEL. ¿Con qué dinero has comprado
todo eso?
INÉS. Para comprar
no es necesario dinero.
MIGUEL. Hombre, eso es original.
INÉS. Pues qué, no tenemos crédito?
MIGUEL. Inés, me vas á matar
á disgustos.
INÉS. No lo creas.
MIGUEL. Mas no es este el principal
motivo que me ha movido
á hablarte así; ven acá.

INÉS. ¿Qué quieres, hombre?
MIGUEL. ¡Silencio!
Tenemos mucho que hablar.
Cuando tuve la desgracia
de decirle á su papá
de usted—que por cierto era
un poquito irracional.—
Cuando le dije, «yo quiero
llevar á su hija al altar,»
no pude pensar que un dia
usted seria capaz
de emborronar con sus crímenes...
INÉS. Cómo?
MIGUEL. El tálamo nupcial.
La historia de usted, señora,
es una historia fatal.
INÉS. Pero....
MIGUEL. Una historia espantosa,
con mas manchas que mi frac.
INÉS. Pero, Miguel, es posible
que seas tan incapaz?
MIGUEL. ¡Basta! En mi casa entra un hombre
que se introduce en mi hogar
con ánimo decidido
de poner guerra á mi paz.
Señora, usted no ha leido
nunca el Código penal?
pues bien; de hoy en adelante
ya se puede usted buscar
un asilo protector...
INÉS. ¡Jesus, que barbaridad!
MIGUEL. Sé que tiene usté un amante...
INÉS. ¿De veras?
MIGUEL. Lo he de matar.
INÉS. No me extraña, no me extraña,
porque hoy—no te sepa mal,—
en la calle de Preciados
me dijo un pollo al pasar:
«es usted una sirena...»
MIGUEL. ¡Valiente bruto será!
INÉS. ¡Conque un amante?
MIGUEL. Lo sé;

lo sé todo, y algo mas,
y como usted sin tardanza
no eche de casa al audaz,
voy á dar el gran escándalo
de la temporada actual.
Abur! Piénselo usted bien
mientras me quito el gaban;
entre usted y mi honradez,
primero es mi dignidad.
(¡Esto se llama elocuencia!)
(¡Si seré yo liberal!)

ESCENA VI.

DOÑA INÉS, despues PABLO.

INÉS. Conque el hombre que aquí viene,
viene á esta casa por mí?
¡Ay, corazon, no me engañes!
¡Ay, no me des que sentir!
Por algo me dijo anoche
«señora, soy muy feliz.»
Ya me figuraba yo
lo que iba á pasar aquí!...
Pablo es un hombre sensible,
yo no tengo mal cariz,
si me quiere, qué remedio?
yo no lo puedo impedir!
Las que nacemos hermosas
y tenemos cierto *chic*
no podemos evitar
que nos asedien asi.
¡Ay, mi esposo es tan imbécil!
¡mi esposo es tan incivil!
Diez años hace que ignoro
lo que es un hombre de *esprit*;
como Pablo se pronuncie,
no sé qué va á ser de mí!

ESCENA VII.

DOÑA INÉS, PABLO.

PABLO. (No está.) Señora...
INÉS. ¡Adios, Pablo!
estaba usted por ahí...
PABLO. Vine á saludar á ustedes
ha poco, y á repetir
mi ofrecimiento humildísimo...
INÉS. Mil gracias.
PABLO. Y estuve allí
con Maria...
INÉS. ¿Con Maria?
PABLO. Sí, me acaba de decir
una cosa, que me tiene,
señora, fuera de mí.
INÉS. ¿Qué es ello?
PABLO. Que á don Miguel
no le hago mucho tilin.
INÉS. ¡Picarillo!
PABLO. Francamente,
señora, yo vengo aquí
porque adoro á una mujer
con quien puedo ser feliz.
Usted debió presumirlo.
INÉS. ¡Vaya, si lo presumí!
PABLO. Don Miguel, por lo que veo,
este amor quiere impedir
y hace mal.
INÉS. ¡Hombre, por Dios!
PABLO. Qué?
INÉS. No sea usted así.
Si él ha sospechado algo,
¿cómo puede consentir?...
PABLO. ¡Consentirá si yo quiero!
¡No me conoce usté á mí!
INÉS. (¡Ay, qué jóven tan audaz!)
Qué se habia de decir?
Estas cosas hay que hacerlas
con mucho sigilo.

PABLO. ¿Sí?
Pues verá usted como hoy mismo
voy á largarle un *spich*
que lo voy á dejar tonto.
INÉS. ¡Caballero!
PABLO. ¡Asi, asi!
Las cosas, cuanto mas claras...
INÉS. No me haga usted infeliz.
PABLO. ¿Á usted, señora? Por qué?
INÉS. No comprende usted que aquí
se va á dar un gran escándalo
y yo tendré que sufrir?
PABLO. Señora, si yo la adoro...
INÉS. ¿De veras? Ay, qué pais!
PABLO. ¿Usted no aprueba este amor?
INÉS. Yo...
PABLO. Dígame usted que sí!
INÉS. Yo siento por usted algo.
Ayúdeme usté á sentir.
PABLO. (¡Qué está diciendo esta tia?)
INÉS. Pablo, fie usted en mí.

ESCENA VIII.

DICHOS, D. MIGUEL.

MIGUEL. (El militar en campaña.)
PABLO. Hola, don Miguel aquí!
INÉS. (Silencio.) (Á Pablo.)
PABLO. (No, yo lo digo.)
MIGUEL. (No hay mas, le voy á decir
cuatro frescas.)
PABLO. (Á Miguel.) ¡Á la órden!
MIGUEL. ¡Felices!
INÉS. Pobre de mí!
Este sí que es *El suplicio*
de una mujer!
MIGUEL. (Por Pablo.) (¡Infeliz!)
PABLO. (Yo me arriesgo, y salga el sol
por Antequera, ó Madrid.)
Señor don Miguel, yo tengo
que hablarle á usted.

MIGUEL. Hombre, sí?
pues yo tambien.
PABLO. Y las cosas
que le tengo que decir
ni son para que se enoje
ni para ponerse asi.
MIGUEL. ¿Y cómo me pongo yo?
qué trata usted de inquirir?
PABLO. Sé que está usted enojado
conmigo y creo que al fin
el motivo no es tan grande.
MIGUEL. (Se habrá visto un zascandil
mas insolente?)
INÉS. (¡Pablito!)
PABLO. Déjeme usted.
INÉS. (Á Miguel.) Oye.
MIGUEL. Á mí
no me diga usted palábra!
INÉS. Pero...
PABLO. Aun hay mas que decir.
Yo vengo á esta casa...
INÉS. (¡Ay, Dios!)
PABLO. Por una mujer: y asi
si usted se opone á este amor
va á haber la de San Quintin!
MIGUEL. Pues hombre estaria bueno
que yo dejara esto asi!
PABLO. Pues tendrá usted que dejarlo
como se me antoje á mí.
(Amparo y Maria entran en escena.)
MIGUEL. ¡Indecente!! (Acercándose á Pablo.)
MARIA. Qué sucede?
PABLO. Que lo voy á usté á partir!
INÉS. Atrás, atrás, caballeros!
(Colocándose en medio.)

ESCENA IX.

DICHOS, MANOLITO.

MIGUEL. Estoy hecho un puerco espin!
MAN. Gracias á Dios que le encuentro.

PABLO. Yo la quiero y he de abrir
en canal al que se oponga!
MIGUEL. Don Manuel, venga usté aquí,
su amigo de usted don Pablo
se trata de repartir
las mujeres de mi casa!
MAN. Pablo, no seas *hardi*!
Haz como yo, que la adoro
de un modo menos hostil.
MIGUEL. Conque usted tambien la adora?
MAN. Si señor!
MIGUEL. Toma, pillin!
(Le aplasta el sombrero.)
MAN. ¡*Saperlot*!
PABLO. ¡Voy á robarla!
¡Mamarracho! (Á D. Miguel.)
MIGUEL. (A Pablo.) ¡Zarramplin!
PABLO. Aprende á tener respeto!
(Le aplasta el sombrero.)
MIGUEL. Socorro!

ESCENA X.

DICHOS, RAMONA.

RAM. Qué pasa aquí?
INÉS. ¡Agua! (Cae desmayada sobre una silla.)
AMPARO. ¡Esencias! (Id. Id.)
MARIA. ¡Yo me muero! (Id. Id.)
MIGUEL. ¡Tunante!
MAN. (Marchándose.) ¡Abur!
PABLO. (Id.) ¡¡Á vivir!!
(Quedan las tres señoras desmayadas. Ramona corriendo de unas á otras, y D. Miguel forcejando por levantarse el sombrero, que tiene metido hasta los ojos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

AMPARO, MARIA, sale por la puerta izquierda con temor, y andando de puntillas.

MARIA. Chist! Amparo! Amparo!
AMPARO. Qué?
MARIA. Se puede pasar?
AMPARO. Sin miedo!
MARIA. Todavia estoy nerviosa...
y papá?
AMPARO. Por allá dentro.
Tiene un humor endiablado.
Está furioso.
MARIA. Lo creo.
AMPARO. Habla solo.
MARIA. Eso es terrible.
AMPARO. Y se da muchos paseos,
y le echan fuego los ojos,
y en fin, todo él echa fuego,
la punta de la nariz
la tiene como un pimiento.
MARIA. Qué horror!
AMPARO. Hace poco rato

se fué á cambiar de chaleco
y por ponerse la bata
se puso el vestido negro
de mamá.

MARIA. Válgame Dios!

AMPARO. Si te digo que está ciego!
Le entró Ramona hace poco
chocolate con pan tierno,
y por mojar en la taza
mojó el pan en el tintero.
Dice que como aparezcan
por aquí tu amado dueño
ó el mio, los despampana;
y cualquier cosa me temo,
pues tal como está papá
es capaz de dar un trueno.

MARIA. Qué escándalo esta mañana!

AMPARO. De veras que ha sido bueno.

MARIA. Y todo fué...

AMPARO. Todo fué
porque aquí hay un grave enredo
que es fuerza desenredar
para que al fin acabemos
de ser víctimas las dos.
Papá le estaba diciendo
á mamá hace poco rato:
ese hombre es un monstruo, y eso
lo decia por tu novio.

MARIA. Ó por el tuyo.

AMPARO. Veremos.
Ello es que uno de los dos
es un solemne embustero...
y te hace el amor á tí
y gasta conmigo tiempo.

MARIA. Á ver, á ver...

AMPARO. Pues es claro.
Dice papá: «ese sujeto
viene á esta casa con ánimo
de darme á mí el gran camelo,
quiere á todas las mujeres
de la casa, segun veo!»
Me parece que esto es claro.

MARIA. Habráse visto un trastuelo
semejante! deja, deja
que yo le vea.
AMPARO. Esto es hecho,
yo voy á dar pasaporte...
MARIA. Á quién, dí?
AMPARO. Al mas inepto.
El que sea mas audaz
ese es mi hombre.
MARIA. Por supuesto!
te has llegado á figurar
que eres tú el único objeto
de un amor doble?
AMPARO. Quién sabe!
MARIA. Lo veremos!
AMPARO. Lo veremos!
MARIA. Gente viene!
AMPARO. Ay, yo me voy!
MARIA. Y yo tambien!
AMPARO. Hasta luego!

ESCENA II.

RAMONA.

Ay! ya estoy harta de estrépitos,
de belenes y de escándalos,
aquí hay muy poca sindéresis
y mi señor es un bárbaro.
Pues don Pablo es una pólvora,
y está bullendo en su ánimo
la idea de una catástrofe
que nos va á dejar estáticos.
Por mi parte, ande la trápala,
de todo me importa un rábano,
así hablarán los periódicos
y daremos espectáculo.
Yo no comprendo este intríngulis:
mi señor es lo mas zángano!...
ve que le burla su cónyuge
y se queda hecho un gaznápiro.
Es lo mismo que si á un médico

le es un enfermo antipático,
y para curarle un cólico
le receta cremor tártaro.
Valiente casa... de huéspedes!
aquí todo es enigmático;
don Pablito por lo súbito
y don Manuel por lo cándido
tienen á esas pobres jóvenes
hechas un par de carámbanos.
Solo nos falta ser víctimas
del cólera-morbo-asiático.
Bien me dijo la Escolástica,
la que sirve con don Pánfilo;
no sirvas á esos estúpidos,
que ahí duran poco los fámulos!
doña Inés es un fenómeno,
don Miguel es un gaznápiro,
y las niñas unas sátrapas
con mas conchas que un gálapago.
Ay; si yo cobro mis céntimos,
que por cierto es problemático,
saco á mi novio de célibe,
recojo todos mis bártulos,
nos hisopea un presbítero
y no paro hasta Vicálbaro!

ESCENA III.

RAMONA, MANOLITO.

MAN. ¡Muchacha!
RAM. Usted por aquí!
Man. y don Miguel, se marchó?
Ram. No sé, yo vengo ahora mismo
de casa del sangrador:
fuí á buscarle creyendo
que con aquella estorsion
las señoritas querrian
que las pincharan.
MAN. ¡Qué horror!
RAM. Pero me encontré en la calle
á mi señora...

MAN. Ah, salió?
RAM. Y me dijo que las niñas
se encontraban ya mejor.
MAN. Y adónde fué doña Inés
con tal precipitacion?
RAM. Salió buscando á don Pablo.
MAN. á Pablito?
RAM. Si señor,
dijo que queria darle
no sé qué satisfaccion...
Y usté se ha curado ya
de aquel pequeño favor?
(Imitando la accion de aplastar un sombrero.)
MAN. Sí, ya...
RAM. Valiente apabullo
le dió á usté el amo!
MAN. Á mí no,
al sombrero; lo he mandado
planchar y está algo mejor.
Y á no ser porque me hallaba
en el compromiso atroz
de ir á recibir la paga,
te aseguro por quien soy
que le doy á don Miguel
un soberbio revolcon.
RAM. El golpe de usted fué bueno;
pero hombre, cómo sonó!
MAN. Cállate, no me sulfures,
Ramona.
RAM. Qué confusion!
¡Cómo salió usted de aquí!
MAN. Y dime, por qué pasó
todo aquello? Estoy á oscuras,
y es divertido por Dios
recibir una caricia
sin comprender la razon.
RAM. Es que aquí pasan cosazas;
cosazas!
MAN. ¡Eh?
RAM. Si señor.
mi señora y don Pablito,
usté me entiende?

MAN. Yo no.
RAM. Don Pablito y mi señora...
¡Pues!
MAN. Explícate mejor.
RAM. Le quieren dar á mi amo...
MAN. El qué?
RAM. La gran desazon!
MAN. *Sapristi*!
RAM. Como usté lo oye.
MAN. Ese Pablito es feroz.
Se han enterado las niñas?
RAM. Ya lo creo!
MAN. Eso es peor.
¿Y Amparo?
RAM. Dice que usted
es un infame.
MAN. Quién yo?
Y por qué?
RAM. ¡Usted lo sabrá!
MAN. Que me dé una explicacion.
RAM. Por allí creo que viene,
les dejo á ustedes.
MAN. Adios.

ESCENA IV.

MANOLITO, despues AMPARO.

Como me coja la niña
con un poco de valor,
le declaro *tout de suite*
mi acrisolada pasion.
(Amparo sale, mira de arriba abajo á Manolito, y dice toda la escena con acento trágico.)
MAN. Ay, Amparo!
AMPARO. Buenas tardes.
MAN. ¿Cómo está usted?
AMPARO. Mi salud
no le importa á quien se burla
de mí, amando á *bultum tum*.

Tenemos que hablar muy claro,
se tiene que hacer la luz.

MAN. ¡Amparito!

AMPARO. Caballero,
yo fiaba en su virtud,
en sus prendas personales
y en su constancia y en su...

MAN. No entiendo ni una palabra
de ese lenguaje.

AMPARO. Ay, Jesus.
Hágase usté el inocente,
qué lástima de virtud!
Manuel, yo estaba esperando
con amorosa inquietud
que usted me dijera un dia
te adoro, bello querub
pero ¡ay, triste! yo ignoraba
que era usted un Ferragús
y que estaba usté reñido
con el sentido comun.
Pero usted se lo ha perdido,
yo hubiera sido una Ruth,
una Lucrecia, una Aspasia
una Juana de la Cruz,
y hasta hubiera consentido
en tratarle á usted de tú
si hubiera visto en usted
amante solicitud.
Imposible me parece
que sea usted andaluz;
se ha portado usted lo mismo
que el gallego mas atun.
Me servirá de escarmiento:
hago á todo hombre la cruz,
que lo que pasa en Madrid
no pasa en Calatayud.

MAN. (Esta mujer me apabulla,
yo debo de estar azul,
á mí me va á dar un síncope;
este es un caso *inconnú.*)

AMPARO. De hoy mas buscaré un amante
que no ataque á mi salud,

me estan saltando los nervios.
mírelos usted; puf, puf!
¿Cree usted que con saber
decir *bon soir* ó *bon jour*
y *culotar* una pipa,
y bailar un *padedus*,
y trastear un novillo,
y escribir en andaluz,
imitar á los actores,
y tener alguna cruz,
y almorzar en el Armiño
y hablar sin saber la q,
y marcharse los veranos
á Deva ó San Juan de Luz,
y no ir nunca á la oficina
y hablarle al Tato de tú,
es usted un personaje
y un tipo poco comun?
Pues no señor, no sirve eso,
lo que sirve es la aptitud
para decirle á una jóven
te quiero, quiéreme tú.
La juventud está muerta,
tú te pierdes, juventud!
te estás haciendo pedazos,
derrúmbate: cataplum!

MAN. Amparito.

AMPARO. Nada, nada,
es ya tarde; ya no hay mús,
aquí tiene usted sus libros!
El pirata de Corfú,
La Dama de las Camelias
y Los Viajes al Perú;
El diablo mundo, *El bandido*
y la Infanta doña Luz;
á este le faltan dos hojas
que guardo yo en el baul;
póngalos usté en conserva,
páselo usted bien; abur! (Váse.)

MAN. Pues señor, no me declaro,
me va á dar un patatús! (Váse.)

ESCENA V.

MANUEL, PABLO.

PABLO. ¿Adónde vas?
MAN. Al infierno!
estoy hecho un puerco-espin.
PABLO. ¿Dónde está Maria?
MAN. Yo
no sé: debe estar allí. (Se va.)
PABLO. Voy á esperarla de hinojos.

ESCENA VI.

PABLO, despues D. MIGUEL.

PABLO. (Arrodillándose delante de la puerta.)
¡Oh divino serafin!
que á tan graves desazones
hoy te has expuesto por mí,
aquí te espera el amante
mas rendido de Madrid.
(Sale D. Miguel con la bata y gorro puestos y con una jícara de chocolate en la mano. Tropieza con Pablo y deja caer aquellos objetos.)
¡Caracoles, don Miguel!
(Se levanta y se aparta á un lado.)
MIGUEL. ¡Cuerno! mi hombre.
PABLO. Me lucí.
(Don Miguel contempla un momento á Pablo, despues va cerrando todas las puertas y guardándose las llaves. En seguida se acerca lentamente á Pablo y le dice.)
MIGUEL. Ve usté estas llaves, bandido?
Las ve usté bien?
PABLO. Si señor
MIGUEL. Son las llaves de mi honor
que por usté se ha perdido!
Llaves de eterno baldon
que encierran cosas muy graves!

PABLO. (Este honor, tiene mas llaves
que un cornetin de piston.)
MIGUEL. Óigame usted.
PABLO. (Qué embolismo!
Si me pensará asustar!)
MIGUEL. Óigame usted sin chistar
ó le rompo á usté el bautismo. (Pausa.)
Yo soy un hombre de bien
de todo el mundo vasallo;
si me tratan bien, me callo.
mas si me insultan... tambien.
Mi persona, en nada ruin,
de honrada y cabal blasona,
yo soy toda una persona
desde que era chiquitin.
Nadie mas que yo cavila
para corregir sus vicios;
tengo una hoja de servicios
de lo mejor que se estila.
Constan los méritos mios;
y en la política banda
yo sirvo siempre al que manda,
para no meterme en lios.
Padre de familia soy
y esclavo de mis deberes,
mantengo á esas tres mujeres,
y adonde me llevan, voy.
Contesto con un halago
si en un aprieto me ponen;
yo sirvo, y ellas disponen;
ellas gastan, y yo pago.
Asi mi vida pasé
y con malicia no excasa
cuando un dia, ¡aciago dia!
á esta casa viene usté
y como ~~sube~~ nube que pasa,
sin consultar pareceres,
se apropió usté dos mujeres
de las que hay en esta casa.
Antes pues de sulfurarme
y de increparle elocuente,
caballero subteniente,

sírvase usted contestarme.
Tienda usted al bien las alas
y evíteme muchas penas;
arreglémoslo á las buenas,
no pasemos á las malas.

PABLO. Hombre, al escuchar su voz
no sé como estoy callando,
porque me está usté cargando
de una manera feroz.
Y cómo aguanto no sé
esa insulsa retahila;
no he visto nunca un tio *Lila*
mas apestoso que usté!

MIGUEL. Mire usted que en caridad
se lo pido.

PABLO. Estoy molido.

MIGUEL. Mire usted que se lo pido
con mucha necesidad!
Ceda usted á mi dolor!

PABLO. No señor.

MIGUEL. Por vez postrera.

PABLO. No, de ninguna manera.

MIGUEL. No cede usté?

PABLO. No señor!

MIGUEL. No? pues basta ya de calma,
ahora mismo nos marchamos,
y lejos de aquí, nos vamos
los dos á romper el alma.
Al café Oriental me voy
donde hablarle necesito,
que si usted es señorito
señorito tambien soy.

PABLO. Asi le quiero á usté ver.

MIGUEL. Salga usted!

PABLO. Vaya si salgo!

MIGUEL. Vamos á romperños algo,
que no hay tiempo que perder.
Un duelo será el consuelo
de mi duelo y mi quebranto,
vámonos—al campo santo,
que allí se despide el duelo.

PABLO. Tiene usté armas?

MIGUEL. Si señor.
Vámonos, no me consumas,
aquí tengo un cortaplumas,
este es el arma mejor.
PABLO. No he visto un hombre mas bruto.
MIGUEL. Se estan pasando las horas.
PABLO. Diga usted á las señoras...
MIGUEL. Qué?
PABLO. Que se vistan de luto.
MIGUEL. Mi señora es una arpia
á quien tú engañar intentas.
PABLO. Calle! esas son otras cuentas!
Á qué señora?
MIGUEL. Á la mia.
PABLO. Yo!
MIGUEL. Pues por qué nos matamos
si no es por tus mañas fieras?
por qué aquellas dos chisteras
hace poco apabullamos?
Negarás, vil seductor
que has tenido el mal capricho
de mi mujer? mejor dicho,
que ayer le has hecho el amor?
PABLO. Á doña Inés?
MIGUEL. Eso es.
PABLO. Hombre, usté ha comido fuerte:
quién le engaña de esta suerte?
viene usted de Leganés?
MIGUEL. No es cierto? está usted seguro?
PABLO. Vaya una majaderia.
MIGUEL. Á quién ama usté?
PABLO. ¡Á Maria!
MIGUEL. Júremelo usted.
PABLO. Lo juro.
MIGUEL. Oh Cupidillo travieso
digno de mi estimacion!
deme usted un apreton,
que me ha quitado usté un peso!
¡Inés, Amparo, Maria!
Ramona!
(Va abriendo todas las puertas y llamando.)
MIGUEL. Vengan á mí.

PABLO. Pero qué sucede aquí?
MIGUEL. Estoy loco de alegria.

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA INÉS, AMPARO, MARIA, RAMONA.

MIGUEL. Ven aquí, prenda adorada,
sin razon te he calumniado.
Perdóname.
INÉS. Perdonado. (Ap. á Pablo)
Qué ha pasado?
PABLO Casi nada.
MIGUEL. Yo estaba en un gran error
y de mi error he salido;
el señor me ha convencido... (Por Pablo.)
da las gracias al señor.
INÉS. Muchas gracias, caballero.
AMPARO. Calle, qué historia!
MARIA. ¡Ay, Dios mio!
(Á Pablo.) Estás contento, hijo mio?
MIGUEL. (A Pablo.) Me debe usted un sombrero.
RAM. Bien lo merece.
MIGUEL. Hola, está
por aquí la descocada?
ven acá, desvergonzada;
responde.
RAM. Vamos allá.
MIGUEL. Por qué me dijiste ayer
que este señor y mi esposa
tramaban no sé qué cosa?
responde, vamos á ver.
RAM. Señor, porque yo creia
que era cierto.
INÉS. Calla, bicho!
RAM. Á mí me lo habia dicho
la señorita Maria.
MARIA. Yo, insolente?
RAM. Claro está.
MARIA. Eso es falso.
RAM. No, que es obvio;
dijo usted, mira mi novio

como anda con mi mamá.

MARIA. Pues no has armado mal lio!

AMPARO. Si eres de la piel del diablo.

MARIA. Yo quise decir que Pablo
intrigaba en favor mio.

MIGUEL. Mira, Ramona, ahora mismo
tomas la puerta, y te vas.

RAM. Corriente; y no vuelvo mas.
¡Vaya! miste qué embolismo!
¡Pues sí señor que me iré!
Déme usted lo que me debe.

MIGUEL. Vente mañana á las nueve.

RAM. ¡Es claro! ¡Si no hay de qué!
Me voy lejos de este enjambre
de trampas y de traperas;
aquí de todas maneras
me habia de morir de hambre!
¡Qué gentes mas descastadas!
ni que fuera usté algun rey!
despues que una toma ley
la despiden á patadas.
¡Mejor! ahora he de decir
lo que pasa en esta casa,
y el que sepa lo que pasa
de ustedes se ha de reir.

INÉS. Vete pronto.

RAM. Alma de hierro!

MIGUEL. Largo de aquí.

RAM. ¡Pues es claro!
Abur, señorita Amparo!
cuídeme usted bien al perro.

ESCENA ÚLTIMA.

D. MIGUEL, DOÑA INÉS, PABLO, MARIA, AMPARO, despues MANOLITO.

PABLO. Don Miguel, hablemos claros,
yo tengo una pretension.

MIGUEL. Pues hombre, reviente usted.

PABLO. Reventaré, si señor.
Dentro de catorce dias

salgo á teniente, y me voy
de capitan á la Habana
dentro de un mes ó de dos,
¿me da usté á su hija Maria?

MARIA. (Ay, qué gusto!)

MIGUEL. Hombre, por Dios,
eso ha sido un garrotazo.

PABLO. Le duele á usted?

MIGUEL. No señor,

PABLO. Pues es decir que está hecho
el negocio; se acabó.

MIGUEL. Este hombre enfila una boda
lo mismo que un peloton!
esposa, qué dices tú?

INÉS. Qué quieres que diga yo?
(De todos modos la chica
está sin colocacion!)

MIGUEL. Ea, pues por muchos años.

MAN. ¡*Bonsoir*!...

AMPARO. (Ya está aquí el simplon.)

MAM. Traigo una emocion tan grata!...

MARIA. Pues qué?

MAN. Traigo una emocion!!...
Ay, me pongo un poco malo.

MIGUEL. Muchacha, saca un colchon.

INÉS. Un poco de té.

MIGUEL. Caramba
con el té! calla por Dios!

AMPARO. Qué sucede?

PABLO. (Á Manuel.) Qué te pasa?

MAN. Ay!

INÉS. Se pone usted peor?

MAN. Qué emocion tan espantosa!

MIGUEL. Vamos, hombre.

MARIA. Por favor!

MAN. ¡Que he ascendido á seis mil reales!
que ya tengo posicion!

MIGUEL. Acabara usted de hablar!
Vaya un lance!

MAN. ¡Qué calor!
qué frio... y estoy nervioso...

MIGUEL. ¿Y era eso solo?

MAN. No, no,
Ademas, vengo á decir...
vengo á decir...
MARIA. Ay, señor!
MAN. Que quiero á esta señorita.
(Señalando á Amparo)
AMPARO. ¡Caramba, gracias á Dios!
si no revienta usted pronto
creo que reviento yo.
MAN. Amparo, está usted contenta?
me quiere usted?
AMPARO. ¡Si señor!
MARIA. Cáselos usted, papá.
MIGUEL. ¡Demonio!
INÉS. (Ap. á Miguel.) Es un pobreton.
MIGUEL. Hay que pensarlo con calma.
MAN. (Aun traigo otra comision:
mi padre, que está en Sevilla,
me ha escrito esta carta hoy
y le debe usted dos mil
cuatrocientos...)
MIGUEL. (¡Ay, se armó!)
¡Manolito de mi vida!
yerno de mi corazon!
AMPARO. Viva mi papá!
MIGUEL. Dejadme,
sed felices, é id con Dios.
Ya las tienes colocadas (Á Inés)
MAN. ¡*Quel bonheur*!
MARIA. (A Pablo.) Me quieres?
PABLO. Oh!
Maria, soy muy dichoso.
MARIA. Y yo.
AMPARO. Y yo.
MAN. Y yo.
INÉS. Y yo.
MIGUEL Á mí tan solo me falta
pasar el trance peor.
(Se adelanta y dice al público.)
Ya han observado ustedes
lo que le pasa
al que cual yo recibe

gente en su casa,
gasta el dinero,
y pierde la paciencia...
y hasta el sombrero!

—

Yo, cesante y tronado,
paso las horas
pagando los caprichos
de estas señoras.
Como estas truchas,
en el mundo, señores,
suele haber muchas!

—

¡Triste aquel cuya esposa
diere en la gracia
de tener pretensiones
de aristocracia!
¡Ojo, cesantes!
declarad prohibidos
los tées *danzantes*!

—

Un lio aquí se ha armado
que... vaya un lio!
Cualquiera dirá al verme
¡valiente tio!
Yo era el buey suelto,
y hoy me dan apabullos
de cuello vuelto.

—

Señores y señoras
los que han oido
mis penas, y con ellas
se han divertido,
tengan cuidado,
que está Madrid en esto
muy atrasado.

—

Las niñas casaderas
de quince abriles,
del jardin de la córte
palmas gentiles,
tengan amores

VENTA EN MADRID.

LIBRERIA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA, CARRETAS, 9.

SRES. MOYA Y PLAZA, CARRETAS, 8.

DON ALFONSO DURAN, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, 8.

EN PROVINCIAS.

EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.